

HOMILÍA DE MONS. RAFAEL ZORNOZA BOY, OBISPO DE CÁDIZ Y CEUTA,  
EN LA MISA DE MEDIANOCHE, NAVIDAD 2022.

*Parroquia San Severiano de Cádiz, 24 de diciembre de 2022.*

¡Alegrémonos en el Señor! “¡Os anuncio una gran alegría!”

**“No la debemos dormir  
La noche santa,  
No la debemos dormir”** (Fray Ambrosio de Montesinos)

Queridos hermanos:

Comprendemos al poeta cristiano que anhela estar en vela cuando llegue el Hijo de Dios. ¿Cómo no recordar que Dios, Creador omnipotente de un universo de cuyas dimensiones inconmensurables la astronomía nos sorprende cada vez más, nos envió a su Hijo como signo de su amor y de su voluntad de salvarnos? Si lo pensamos seriamente nos sobrecoge, no nos podemos acostumbrar.

La Navidad es siempre joven y nueva, porque este milagro de amor divino nos sorprende y anonada. No nos deja de asombrar que Dios se haga hombre y entre en el mundo, que comparta nuestra vida y nos quiera colmar con la suya, una vida divina.

A los cristianos se nos ha revelado que Dios es amor. Para nosotros tiene un rostro y podemos llamarle «Tú». Es más, tiene un Hijo, pues su amor no es estéril, sino dinámico y creador. Por tanto, si ya el hecho de poder instaurar una relación de yo y tú con Dios diferencia de manera abismal a la Revelación bíblica de cualquier otra pretensión religiosa, que su Hijo –hombre además de Dios— venga a por nosotros, comparta nuestra vida y nos hable, nos deja sin respiración.

Con el nacimiento de Jesús comienza la historia de la salvación y de la esperanza. En los siglos precedentes a su nacimiento, Jesús fue esperado con ansia por el pueblo elegido. El Antiguo Testamento es un documento impresionante de la esperanza de salvación y de liberación por parte de Yahvé. Pero, en la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de la Virgen María. En Él pudo comenzar una historia de Redención, puesto que Dios tiene el poder de cancelar el pecado. Sólo la naturaleza divina de Cristo era capaz de hacer algo así. Con su divinidad, dando la vida por nosotros, Jesús ha cancelado todas las culpas de la humanidad, la de los padres, y también las nuestras, la de todos los días, las escondidas o rechazadas: las culpas, como sabemos, son la raíz de toda la miseria y de toda la desesperación. Su nacimiento nos permite renacer.

Jesús nació pobre, odiado y marginado, y así vuelve a nacer. Muchos de los suyos que son hoy sus testigos siguen siendo pobres, odiados y marginados por seguirle a Él. No obstante, arriesgan sus vidas porque han encontrado el tesoro más valioso que todo, la luz que ilumina su noche y la del mundo. En el Niño que acaba de nacer adoramos a Dios visiblemente “para que nos lleve al amor de lo invisible” (prefacio).

Con la Navidad llega la paz, el Príncipe de la Paz, y se inicia la tregua que antecede a la definitiva victoria del amor sobre el egoísmo y el pecado. ¿Recordáis la conmovedora historia de la tregua de Navidad que tuvo lugar en la primera guerra mundial, en diciembre de 1914? Sucedió que el Estado Mayor alemán decide celebrar la Navidad en el frente para animar a las tropas. Pero la situación se les escapa de las manos cuando comienzan a cantar. Los soldados de ambos bandos salen de las trincheras e imponen la tregua espontánea, confraternizan entre ellos, celebran la Misa, cantan villancicos, hablan de sus familias, pero después ya no quieren volver a matar. Una insumisión de Navidad porque sus sentimientos cristianos alcanzaron sus corazones y desearon la paz. Si el mundo entero viviera a fondo la Navidad sería muy fácil la paz. Empecemos por nosotros mismos, quitando rencores y pecados, reconciliándonos con Dios y haciendo caridad.

Esta noche santa nos deslumbra su pequeñez y su grandeza. *“Descubramos a través del pesebre la sorpresa y el asombro de la pequeñez de Dios. No nace en el esplendor de las apariencias, sino en la pobreza de un establo. Para encontrarse con Él hay que llegar allí, donde está; hay que rebajarse, hacerse pequeño, dejar toda la vanidad, donde está Él. Y la oración es la mejor manera decir gracias ante este regalo de amor gratuito, de decir gracias a Jesús que desea entrar en nuestras casas, que desea entrar en nuestros corazones”* (Francisco).

Del nacimiento del Salvador surge practicar la caridad, entendido no como filantropía, sino como compromiso de verdad y de fe. ¿Por qué el amor al prójimo? Porque somos perfectamente conscientes de que el amor recibido por el Redentor no se puede esconder. De Belén brota el manantial del amor que anhela el mundo. Que brote de nosotros también. Cristo se encarna cada día: decía Pascal que cuando un hombre sufre, Cristo sufre. Los cristianos hemos de tener en cuenta a la gente que sufre, en Navidad y todo el año.

Si, Navidad es Caridad: no se puede esconder el Amor del Salvador. Amemos nosotros con hechos y con la verdad. Que nuestra caridad sea visible y realice obras concretas, aliviando el sufrimiento del prójimo, perdonando y promoviendo la justicia. La caridad cristiana empieza por los más cercanos, por los más próximos: la forma en que trates a tu familia es la forma en la que estás tratando a Jesús. El manantial de esta caridad es el don de Dios, más que la capacidad humana. El apóstol Juan nos exhorta a amar no sólo con palabras, sino con hechos y con la verdad. Se nos pide que nuestra caridad sea visible y realice obras concretas. Hacer el bien en este sentido significa para los hombres aliviar el sufrimiento y promover una mayor justicia. De este modo, el amor que procede de Dios debe abrazar también al enemigo. Va más allá de la simpatía humana. Pidamos por los que sufren

más: en Ucrania, Siria, donde son perseguidos los cristianos y no se pueden reunir hoy.

Como los ángeles y los pastores, somos los heraldos de la Encarnación y del nacimiento del Hijo de Dios. El Evangelio tiene necesidad de mensajeros y testigos para forjar la vida. Al ofuscarse cada vez más el motivo profundo de la celebración de su nacimiento, la cultura y las costumbres de vida del hombre moderno ya no son capaces de mantener vivas las verdades del cristianismo. Pero que nuestro anuncio, que forma parte de la Navidad, sea también el intento de ser cada vez más como Cristo, nacido como hermano nuestro a través de la escucha de la Palabra de Dios, la oración, el sacramento de la penitencia y la celebración de la Eucaristía. Ello nos ayuda a hacer de esta fiesta un acontecimiento de fe cristiana.

En esta noche iluminada por el resplandor de su gloria pidamos sobre todo volver a la experiencia del encuentro con el Señor resucitado. Feliz Pascua porque nos llena la misma luz de la Pascua de Resurrección. Que la Paz del Verbo hecho carne, que nos ama y se nos ha manifestado, os acompañe siempre.

**“Al Hijo de Dios cantemos  
¡ay, gracia desenfrenada!  
Ni los cielos sospecharon  
Que el mismo Dios se encarnara”** (Rufino Grader).

AMEN.